

por la densidad temática, la riqueza de imágenes, la tensión creada por el ritmo lexical. La vida transcende para el poeta Escalona, observador paciente de lo inmediato:

Concluido el prefijado ciclo de esta convivencia vitalicia, nada será como ahora. Retornará la luz a su solar de origen y en espiral ascenso el agua hasta las grutas estelares. No perecerá el verdor.

Ya no habrá finitud, ni número, ni sello (p.88).

Palabras sin Sombra revela una vez más el alma indagadora del autor, asidua visitante del pasado para convertirlo en objeto intemporal gracias a la belleza verbal y la episteme alumbrada del poeta José Antonio Escalona Escalona.

Rosalina García

Notas.

¹ Efraín Subero en el Prólogo al Libro en Nombre del Amor. Caracas. Ediciones de la Presidencia de la República 1997, P.24

² Emily Dickinson. Select Poems. New Jersey Gramercy Books, 1993 (Traducción de la Autora).

REFLEJO

Manuela Billaudot. *Omar Carreño, entre el color y la luz*. Isla de Margarita. Fondo Editorial del Estado Nueva Esparta, 1997.

I. La Esencia Fundacional

La amistad fraterna de Eulises Hernández me acercó una noche cálida de Porlamar, a la personali-

dad amable del maestro Omar Carreño. El encuentro se realizó en una exposición colectiva del Museo "Francisco Narváez" en 1997, y confieso que su sencillez y deferencia me causaron una gratísima impresión. Después del elemental intercambio de palabras no le he visto más, sino que he seguido su huella artística por el mundo a través del libro *Omar Carreño, entre el Color la Luz* (1997), escrito por su esposa e investigadora, la francesa Manuela Billaudot. El Fondo Editorial Nueva Esparta, tuvo a bien la edición monográfica basado en una metodología explorativa, documental y testimonial, accedemos a los rasgos esenciales de la pintura de Omar Carreño, a las semblanzas y anécdotas de su vida, y a la dimensión de sus aportes y trabajos creativos.

Se había convertido Omar Carreño desde antes de 1957 o 1958, en un eterno trashumante de los océanos y los aires de América y Europa, atrayendo para sí y trayendo para su patria chica, cuanto logra conocer acerca del color y la textura, del arte abstracto y el figurativo, de la luz como elemento estructural y los juegos de planos de la bi y tridimensionalidad, del cromatismo y las variaciones ópticas, del movimiento y las técnicas del relieve como "elemento de fuerza plástica", además del uso de materiales y tecnologías que plantean la sintonía del arte con los tiempos modernos, así como la proyección del valor artístico del hombre, su sensibilidad y

creación fundamentalmente, mediante una actitud integradora y multidisciplinaria que en la trayectoria de Omar Carreño se convirtió primero en reflexión, y en filosofía después. De esta manera y en sintonía con su propia resultan sus conocidísimos *Polipticos y las Esculturas-poemas transformables*, que le confieren a Carreño el carácter de precursor de las obras transformables en el mundo frente (y anticipadamente) a Yaacovg Agam, a quien se atribuye esta corriente a partir de 1953, cuando ya nuestro artista nacional lo había expuesto en el 6° Salón de Realités Nouvelles, de 1951 en París. Al respecto, la autora del Libro, Manuela Billaudot, justifica, documenta y hace énfasis en esta aclaratoria, por cuanto el artista se merece sus justos méritos, aunque a simple vista parezca a destiempo.

II. El Carácter de la Voz Propia

Diferentes etapas encauzan la trayectoria artística de Omar Carreño. Se firmó este artista "a conciencia" en la corriente abstraccionista, en la cual incursiona además con la escultura. Billaudot refiere una denominada Estable N° 1, de 1957 que obtuvo el Premio "Puebla de Bolívar" en XVIII Salón Oficial Anual de Arte Venezolano, "siendo así la primera escultura abstracta premiada en Venezuela". Por otra parte, transita igualmente por el informalismo hasta mediados de los años sesenta; también funda el Expansionismo y se

anticipa al arte "transformable", como ya se dijo, y finalmente, para el año 1966 se le encuentra presente dentro del cientismo, movimiento dentro del cual medita profundamente, por cuanto "no quiere la obra fija cuya impresión se obtenga por el simple desplazamiento del observador, y tampoco quiere que la obra se mueva por sí sola frente a un observador pasivo" (p.63). Revela esto, pues, una trayectoria diversa y sin embargo integral, investigadora e incansable; equilibrada entre la docencia, el trabajo propio del oficio artístico, por lo demás arduo y sacrificado, y enriquecida, por su puesto, por sus viajes a Italia, Canadá, Francia, Suiza y España, entre otros países.

Significativa resulta la contribución personal, individual, de Omar Carreño al arte venezolano contemporáneo. Bien a partir de su geometrismo abstracto inicial, iniciando a partir de 1950 - 1951; bien a través de las "tintas únicas" de los años sesenta con "obras realizadas básicamente como texturas de tinta pastosa aplanada manualmente con rodillo y a través de diversos materiales sobre el papel, sin plancha, y por lo tanto absolutamente irrepetibles" (p.61); bien por medio de llamadas "cajas luminosas" que ensayan "diversos modos de manipulación y también diversos tipos de utilización de la luz" (p.74); bien ahora, en la llamada "etapa sintética", la de la madurez y la sabiduría cultivada, cuando Carreño "sigue

construyendo con paso seguro este brillante monumento en homenaje a la rica y poderosa luz tropical" (p.94). Por otra parte, su mismo espíritu integrador y abierto a las diversas corrientes del pensamiento y de la vida, mantuvo ligado Omar Carreño a las búsquedas estéticas del conocidísimo grupo literario *Sardio* de Caracas, dentro de un movimiento significativo para la cultura venezolana en general que no detallaremos en este reducido espacio, junto a figuras como Mateo Manaure, Jacobo Borges y Manuel Quintana Castillo, teniendo como escenario la legendaria Librería Cruz del Sur, sitio de tertulias, reguero de voces y galería de arte, en una extraordinaria confluencia (si no simbiosis) de integración de talentos y propuestas literarias, pictóricas, ideológicas y hasta musicales, que signarían los años finales de la década de los cincuenta, frente a los últimos resuellos de la dictadura perejimenizta.

III. El Siglo de Oro de Venezuela

Junto a los grandes autores de este siglo XX de las artes plásticas que revelan el **Abstraccionismo** (me refiero, entre otros al ruso Wassily Kandisky, al Holandés Piet Mondrian, a Manessier y Santomaso), el **Informalismo** (los franceses Jean Fautier, Georges Mathieu y Jean Dubuffet, el italiano Lucio Fontana, los norteamericanos Mark Tobey y Jackson Pollack y el español Antonio Tapies), el **Op - Art** (Marcel Duchamp, Molí Nagy,

Josef Alberts, Víctor Vasarely, Julio Le Parc, Bridget Riley, Luis Tomasello, Richard Anuszkiewicz, etc.) y el **Cinetismo** (Julio Le Parc, Yaacov Agam, Jean Tinguley, Francisco Sobrino, Thomas Wilfred, Stein Yvaral, Morellet, etc.) Los nombres de nuestros compatriotas venezolanos Jesús Soto, Carlos Cruz - Diez, Omar Carreño, Luis Chacón, Víctor Valera, Alejandro Otero y Rubén Núñez, entre otros; han significado vanguardia, representatividad, tentativa y grandeza, talento y envergadura. Podemos, entonces, despedir orgullosos este milenio, pues sus obras manifiestan un logro y una trascendencia verdaderamente impresionante.

Sin embargo, ha sido el cientismo la corriente que más ha permitido a los artistas venezolanos manifestar sus proyecciones y estudios. Éste implica la presencia (o más exactamente la participación) del espectador. Mediante el dinamismo virtual de las obras, en el cual el movimiento, el color, la luz y los materiales (a menudo reveladores de alta tecnología electrónica, y científica y grandes diseños arquitectónicos) resultan fundamentalmente para la perfecta interacción entre el receptor y la naturaleza misma de la representación. El viento, las máquinas y la gravedad, por ejemplo, tienen roles protagónicos dentro de estos juegos. Aparte de Soto, Cruz Diez y Carreño y Valera, otros artistas venezolanos, lo han cultivado: Narciso Debourt, Juvenal Ravelo, Rodrigo Rodríguez, Rafael Franceschi, Rafael Martínez Francisco Salazar,

Enrique Krohn y Carlkos Puche.

Una apretada semblanza de esa promoción de artistas que junto a Omar Carreño han consagrado sus estudios y la dimensión de sus obras a la exaltación de Venezuela ante el mundo, en múltiples espacios, de París a Nueva York, de Caracas a Madrid, etc. nos revela que efectivamente este siglo XX venezolano ha sido de una proyección invaluable. Corresponde a sus contemporáneos la máxima distinción de las artes plásticas del país, los Premios Nacionales, y la sólo mención de sus coterráneos Pedro Ángel González, Carlos González Bogen, Francisco Narváez y Ramón Vásquez Brito, resulta emocionante. También le acompañan figuras de alto calibre como Jacobo Borges, Alejandro Otero, Víctor Valera, Luis Chacón, Mateo Manaure, Pedro Barreto y Gladis Meneses, por mencionar sólo algunos. Otros de sus contemporáneos y no menos trascendente, le acompañan en el Expansionismo, especialmente Rubén Márquez y Álvaro Sotillo. Y completan esta estrecha relación de nombres, con indeseables omisiones, Manuel Quintana Castillo, Andrés Guzmán, Alirio Oramas, Gabriel Marcos, Luis Chacón, Eduardo Dorta, Francisco Da Antonio, Alirio Rodríguez, Luis Guevara Moreno, Francisco Salazar y Ángel Hurtado, entre otros. Finalmente, la presencia de Omar Carreño en la Bienal de Venecia celebrada en Canadá en 1972, por una

parte, consagrándolo como "el latinoamericano más destacado" (p.78) dignificando así a Venezuela; y su merecida escogencia para representar a nuestro país ante España dentro de la celebración del Bicentenario de El Libertador en 1983, por la otra; justifican muy fehacientemente el merecimiento que tuvo en 1972 de que se le otorgase el Premio Nacional de Artes Plásticas de ese año.

De esta manera, celebramos la publicación de esta obra titulada *Omar Carreño, entre el color y la luz*, de Manuela Billaudot, por su estilo minucioso, cálido y de impecable factura documental, por lo demás amena y equilibrada entre la bibliografía y el estudio académico. Sin duda, una contribución significativa para el estudio de la obra artística de Omar Carreño y un acierto bibliográfico para los editores del Fondo Editorial del Estado Nueva Esparta.

José Pérez

EL CUERPO, LA MEMORIA, LA ESCRITURA

Esdras Parra. *Antigüedad del frío*. Ediciones Mucgifo, Mérida, 2000.

En "El caminante sobre el mar de nubes" (1815), de Carl Friedrich (1774-1810), el hombre frente al paisaje nos muestra la representación de una subjetividad extendida en la exterioridad de la naturaleza; y a la naturaleza penetrada